




Cuaternario y Arqueología

HOMENAJE A FRANCISCO GILES PACHECO



Coeditan: Asociación Profesional del Patrimonio Histórico-Arqueológico de Cádiz (ASPHA)
Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz

Coordina la edición: Esperanza Mata Almonte

Diseño y maquetación cubierta e interior: Abaddis Tlno. 956 531 858

Imprime: Linea Offset, SL - Chiclana

© Del texto y las fotografías, sus autores.

ISBN (Servicio de Publicaciones de la Excmo. Diputación de Cádiz) 978-84-96654-49-5

Deposito Legal: CA- 397 -2010

Las ofrendas del santuario púnico-gaditano de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda)

Juan José López Amador¹ y José Antonio Ruiz Gil²

¹ Servicio de Arqueología y Conservación del Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.

¹ Universidad de Cádiz.

RESUMEN

La contribución al Homenaje se centra en el inicio del período gaditano de F. Giles, como excavador de El Tesorillo (La Algaida, Sanlúcar de Barrameda). Se parte de los datos conocidos del yacimiento, para confrontarlos con los obtenidos en un estudio de materiales, principalmente los anillos, depositados en el Museo de Cádiz.

Palabras clave: Arqueología. Púnico. Gaditano. Religiones antiguas.

ABSTRACT

The contribution to the Honour is frame in the gaditanian period of F. Giles starting, like digger of El Tesorillo (La Algaida, Sanlúcar de Barrameda). It's beginning from knower data of the site, for opposite they to the data obtain in a study of the materials, rings mainly, deposited in the Cadiz Museum.

Key words: Archaeology. Punic. Gaditanian. Ancient religions.



PRESENTACIÓN

La etapa gaditana de Paco Giles se inicia con su llegada e instalación en Jerez a principios de la década de los setenta. A partir de este instante pasa a colaborar con la única institución arqueológica existente: el Museo Provincial de Cádiz. En aquel momento su responsable era D^a. Concepción Blanco, a la que cariñosamente se la llamaba Doña Concha. Como arqueólogo con sufrida experiencia, Paco Giles pasa a ocupar la posición de campo, algo que académicamente le competía, pero que económicamente no le correspondía. Junto a él en aquellos años un selecto grupo de conocidos amigos hoy, como Antonio Álvarez y Antonio Sáez.

Aparte de una serie de salidas de campo y de intervenciones más o menos conocidas, le pertenece a Paco la autoría de las primeras y más relevantes campañas de excavación en el yacimiento de El Tesorillo, en el sanluqueño pinar de La Algaida. Sobre este tema versará nuestra comunicación.

Sin duda, es esta la ocasión perfecta donde contar nuestra experiencia personal con Paco Giles, sobre todo Juan José López compañero de trabajo casi 30 años en el Museo de El Puerto. Cuando este museo es engendrado en 1980, tengo la suerte de comenzar esta tarea junto a Paco, una oportunidad que no dejé escapar.

No es fácil resumir todo lo vivido y sentido, durante media vida. Como en toda relación duradera hay periodos mejores y peores, que son superados por el afecto y cariño que mutuamente nos tenemos. No quisiera extenderme en exponer lo que Paco es para mi, intentare contarlo claro y breve.

En los momentos realmente malos, en lo personal, siempre ha estado ahí, tendiéndome la mano, y hablo de forma literal, que me ha permitido en varias ocasiones camppear el temporal. Las oportunidades que laboralmente e intelectualmente he tenido durante estos años, en gran parte son debidas a Paco. Un amigo y compañero que siempre estará en nuestros corazones, gracias por todo.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Las primeras noticias relevantes del yacimiento fueron dadas a conocer por D. Manuel Esteve Guerrero, quien realizó la excavación y posterior publicación de lo que consideró una factoría de salazones romana. El motivo de la intervención estuvo en el hallazgo de restos de cantos de un paleocauce, así como de tejas, tumbas y otras evidencias, al construir una pista forestal (Esteve, 1952). La excavación se realizó a unos 70 metros de la marisma, deparando la exhumación de estructuras murarias que, a tenor de las monedas y los fragmentos de cerámica, fueron catalogadas como romanas.

En la mente de los investigadores resonaba el conocido bronce de 'Bonanza', al parecer hallado en 1868, y presentado al público en Francia. En los años 50, el san-

LAS OFRENDAS DEL SANTUARIO PÚNICO-GADITANO DE LA ALGAIDA (SANLÚCAR DE BARRAMEDA)

luqueño Antonio Barbadillo (1950), ubicaba Tartessos en esta zona. Pero nada hacía entrever qué era exactamente lo se ocultaba bajo las dunas. Hemos de recordar que un gran conocedor de la arqueología del Bajo Guadalquivir, que además estuvo excavando en el término de Sanlúcar, como Carriazo, publicó en 1970 unas referencias sobre la colección de cerámicas y objetos de metal de La Algaída, básicamente

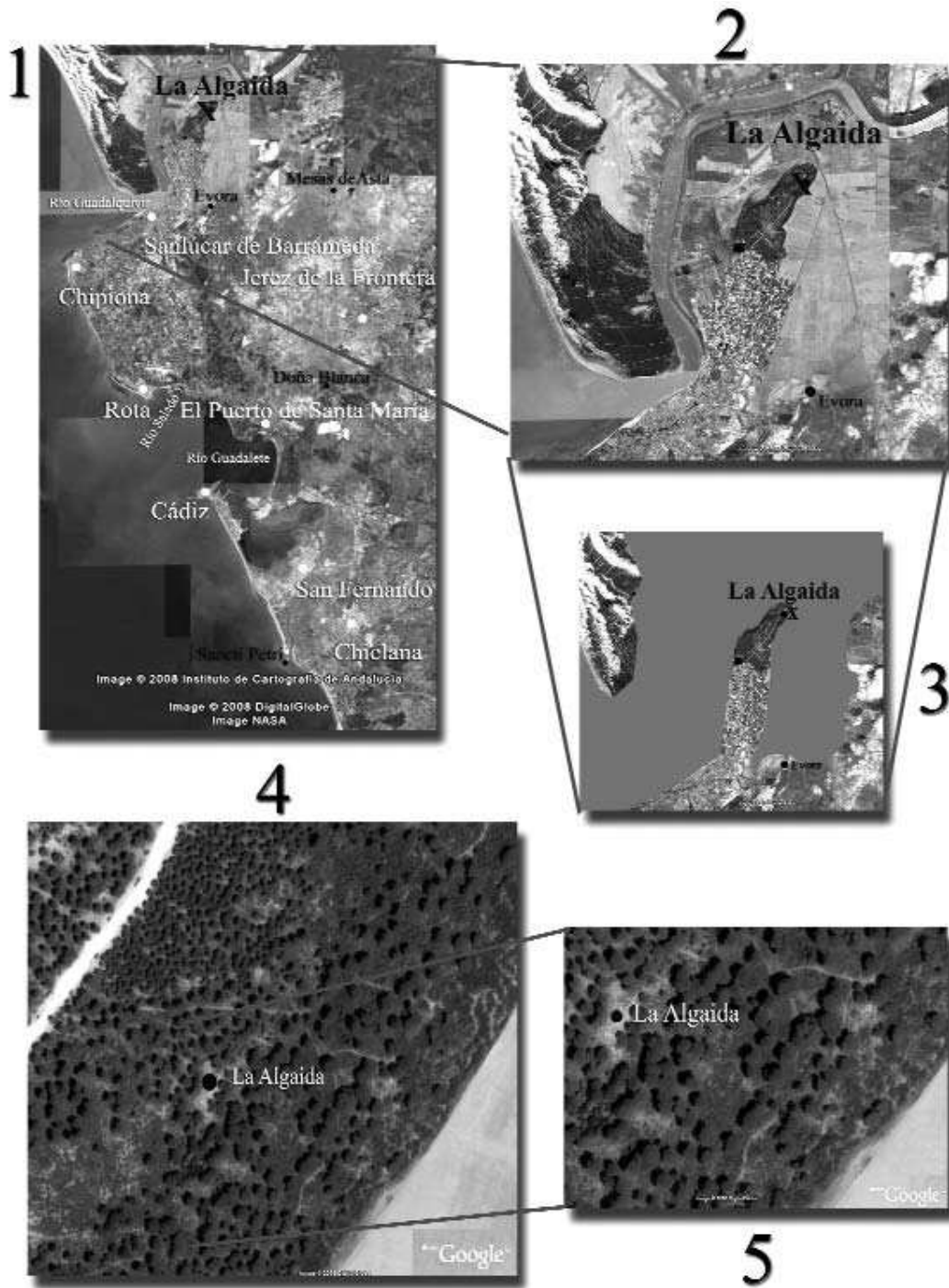


Figura 1. 1, situación del yacimiento de La Algaída respecto al Golfo de Cádiz. 2, respecto al río Guadalquivir y las marismas. 3, reconstrucción idealizada. 4-5, respecto al borde de la marisma.

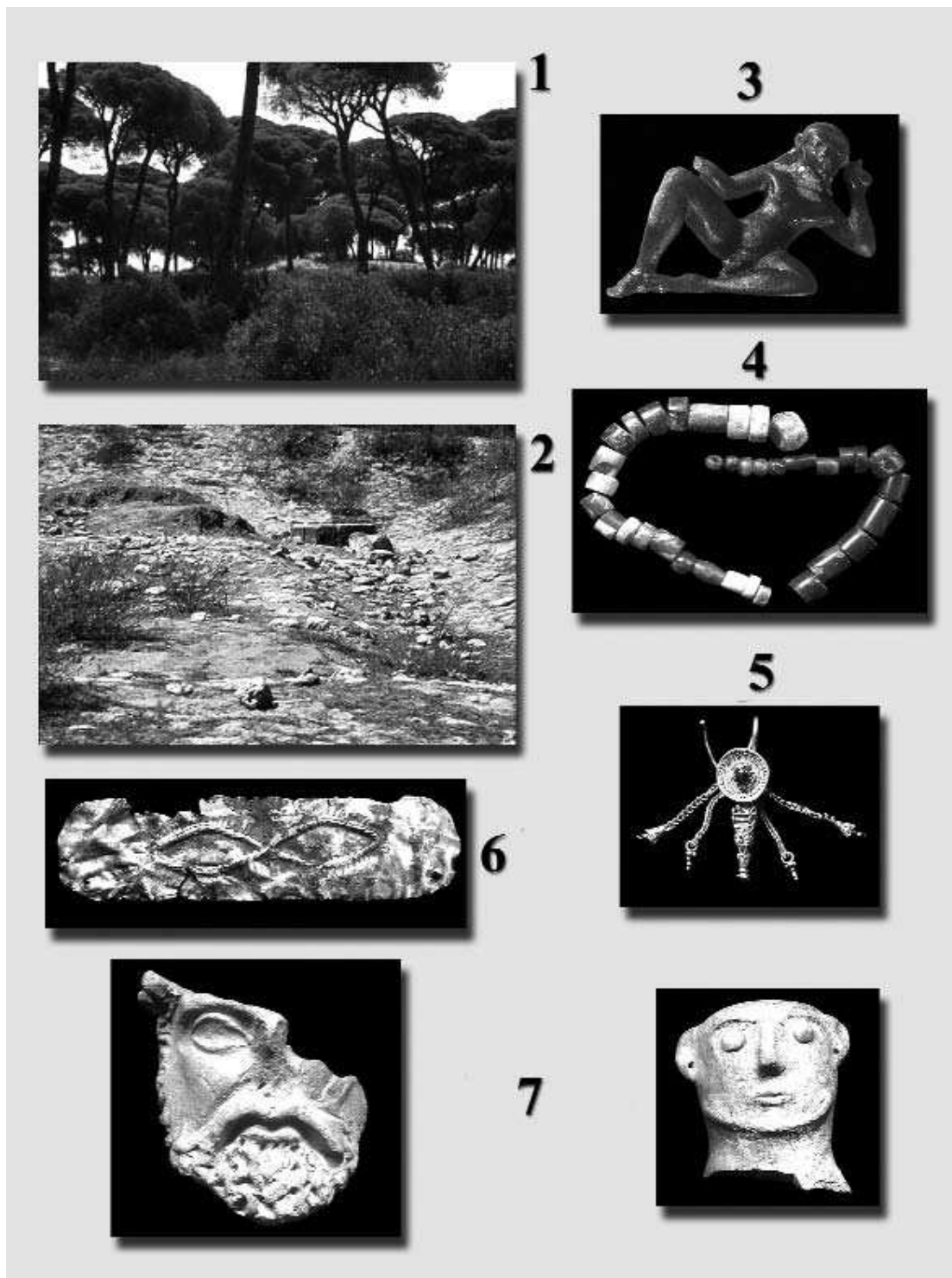


Figura 2. 1 y 2, Yacimiento de La Algaida. 3, figura. 4, collar de cornalina. 5, zarcillo. 6, placa de plata. 7, terracotas.

romanos, del colegio de Santo Tomás, en Bonanza. Hay que considerar que el lugar excavado por Esteve era frecuentado por los vecinos. No obstante, llegaban al Museo provincial noticias e incluso piezas de pasta vítrea (cuentas) y de metal (anillos y fíbulas), no exactamente romanos, vía expoliadores o ‘aficionados’.

Así pues, nos encontramos a mediados de los años 70 en una larga península arenosa, de unos 10 kilómetros de largo por unos 2 de ancho, rodeada de marisma. Justo en la zona de unión con tierra firme se erigió a comienzos del siglo XX la denominada como Colonia de Monte Algaida. El interés arqueológico se situaba en el extremo opuesto. Lo que nos interesa resaltar es que, sin analíticas, los distintos arqueólogos han presupuesto que este actual bosque de pinos y lentiscos se puede llevar hasta la evidencia arqueológica.

Por tanto, remontándonos cronológicamente, mantendríamos el paisaje vegetal, suplantando las marismas por el Lago Ligustino de Avieno (Figura 1). En él La Algaida se situaría cerca de la salida al mar como flecha litoral o, incluso, como isla. A comienzos de los 80 un, entonces, joven investigador francés, Løic Menanteau, puso de moda una teoría sobre la ubicación de la isla de Tartessos en La Algaida (Palacios, 1981) (Figura 1).

Actualmente afloran los muros excavados (Figura 2), en un 'sin prisa pero sin pausa' de cara a su destrucción. No se tomaron medidas para proteger el lugar, sólo se esparcieron por el suelo fragmentos metálicos para alterar los detectores de metales. A comienzos de los 90 el yacimiento fue limpiado y señalizado, en esta ocasión bajo los auspicios de la autoridad cultural autonómica.

Esta cuestión del paisaje (un término muy manejado por nosotros hoy día) fue muy relevante en la interpretación del yacimiento. Partiendo de las premisas de la existencia de un bosque, y del carácter sagrado de los bosques en la Antigüedad, los distintos arqueólogos que han publicado sobre La Algaida, han concluido que se trataba de un témenos o recinto sagrado, en el que existirían varias construcciones para los depósitos votivos y para los encargados del culto.

Pues bien, muy próximo a la excavación de Esteve, se halló un pequeño edificio, cuya intervención comenzó Paco Giles. Para 1978, otro joven investigador, en calidad de nuevo Director del Museo Provincial, Ramón Corzo Sánchez, se hacía cargo de las actividades, con otro estilo y con otro equipo (es la época de los Ángel Muñoz, Paco Blanco, Gregorio de Frutos...). En 1978 se aprovecha el personal del entonces conocido como Empleo Comunitario (paro agrícola) para excavar la totalidad del lugar, incluyendo el área de Esteve.

Años después, en Sanlúcar, supimos tras la lectura de una 'Entrevista con D. Ramón Corzo director del Museo Provincial de BBAA de Cádiz', titulada "El yacimiento arqueológico del tesorillo, La Algaida", escrita por E. Pérez Tudela en una revista local, que la factoría romana fue reinterpretada por R. Corzo como un 'taller de carpintería de ribera' de mediados del siglo I d. C., destinado a reparar embarcaciones. Al parecer, la casa con un horno, pileta, y restos de fundición le parecían insuficientes para constituir una cetaria.



EL YACIMIENTO

La zona excavada se conoce como El Tesorillo. Corresponde, según ha publicado Ramón Corzo, a uno de los edificios que, curiosamente, tomaban esta denominación, no se trata de un templo clásico. En este caso, en uso entre los siglos VI-II a. C. (seguimos al citado autor pues no hay otra fuente, ha llegado a concretar su inicio hacia el 500 a. C. y la destrucción hacia el 160 a. C.), si bien Estrabón lo cita poco antes del cambio de era.

Comencemos por la estratigrafía, publicada por A. Blanco y R. Corzo en un artículo de *Historia 16*, una revista clásica en la época de la Transición, que usaremos de guía. Distinguen cinco niveles artificiales: el primero de ellos corresponde a la época de excavación, estratigráficamente la cobertera vegetal, superpuesta a las arenas eólicas. Por debajo se encontraría el nivel III, de hasta 1 metro de arena, salpicado de restos discontinuos de época Julio-Claudia (acorde con el sitio excavado por Esteve y finalizado por Corzo) y por tumbas destruidas de los siglos II-IV d. C. El yacimiento se sitúa en el Nivel IV, definido por estructuras de mampostería, con sillares, y abundante material mueble –cerámica y metal- en una matriz de arena oscura –presuntamente materia orgánica de las ofrendas líquidas (servicio de mesa); pescado y artes de pesca (platos de pescado, anzuelos de bronce); sacrificios; donativos de terracota, barro, metales preciosos-. Finalmente, el médano sobre el que se asentó el yacimiento.

Sigamos con la evidencia estructural. El espacio sagrado tiene unos 20 x 25 m. caracterizado por el elevado número de ofrendas frente a la ausencia de ara, en sus límites se localizan los cimientos de pequeños edificios que los griegos llamaban ‘tesoros’. Los tesoros pertenecían a distintos pueblos o corporaciones que prestaban especial devoción al lugar y mantenían una casa permanente para depósito de ofrendas y de objetos litúrgicos; en ellos han aparecido concentraciones de objetos en los rincones y por las características arquitectónicas responden a épocas y técnicas distintas. Por tanto, el nivel IV, como punto de partida, está formado por un palimpsesto de materiales de distintas unidades estratigráficas.

En El Tesorillo, hay varias esquinas de pequeñas casas formadas con cimientos de guijarros y muros de adobe. La mayor y mejor conservada tiene dos habitaciones. Otro ‘tesoro’, que los autores apuntan el más antiguo, tiene muros muy gruesos de mampostería, aunque en el interior no supera los tres metros de lado, y en ella aparecen piezas de bronce y terracotas. Cerca de los ‘tesoros’ hay un edificio alargado, dividido en tres habitaciones, junto al que aparecen cenizas, huesos de animales y muchos más fragmentos de ánforas que en el resto del santuario, por lo que se puede pensar que son las viviendas de los cuidadores del lugar.

Los únicos elementos arquitectónicos destacados han sido unos sillares estucados -que se hallaron desplazados-, y una columna de fuste liso en tres piezas (sólo se conserva la superior). El capitel se compone de un pequeño disco, fruto de las pro-



longaciones del fuste, un equino poco aplastado, y el ábaco. Según Ramón Corzo se trata de uno de los escasos elementos de orden dórico que hasta aquel momento, y después, añadimos nosotros, han sido hallados en la Península Ibérica. El lugar del hallazgo fue descrito como 'una especie de pozo ritual' situado en el límite del área sagrada, pero no de tipo votivo o bothros, como los documentados en la necrópolis de Cádiz por A.M^a. Niveau (2001), sino como pozo de abluciones, para la limpieza y purificación de los creyentes. Corzo no se define por considerar esta columna como elemento estructural o como exvoto, lo que sí parece cierto es que sufrió un destino similar a los sillares.

El paradigma existente en la arqueología del momento requería la búsqueda de paralelos con el mundo clásico. No obstante, Corzo y Blanco propusieron un modelo más relacionado con el Próximo Oriente, y con Gadir en particular. Suponiendo para el Herakleion gaditano un recinto o lugar sagrado, sin edificio singular, plantean la existencia de un betilo o de un altar de sacrificios. El problema es que no se registró en La Algaida nada de eso, por lo que sugirieron la presencia de una estatua de tamaño natural de madera, a partir de la mitad delantera de un pie de terracota que se halló. Algo que, por otra parte, tampoco congeniaba mucho con la interpretación semita seguida.

LOS MATERIALES

Además de la bibliografía conocida, hemos tenido acceso al material de La Algaida depositado en el Museo de Cádiz gracias a la autorización que el Director General de Bienes Culturales otorgó a nuestro amigo el Doctor Lázaro Lagóstena Barrios, el 11 de julio de 1995.

Vamos a comenzar el repaso con los objetos de cerámica. Claramente los más numerosos. Hablamos de los 8.200, fragmentos que se citan en los trabajos de Corzo, y que se encuentran depositados en el Museo de Cádiz. Lo interesante, por el grado de definición que aportan, es su limitada tipología y su enorme repetición, procediendo de las excavaciones platillos –depositados sobre la arena, con la típica mancha negra de la quemadura, se catalogan como lucernas- apilados, lisos o decorados con las típicas bandas rojas y negras turdetanas.

Además, en menor cuantía, 55 cuencos de borde entrante, 11 platos de pescado pintados con bandas rojas, urnas globulares –decoradas también a bandas-, y ánforas púnico-gaditanas. Corzo apunta que la cocción es defectuosa, afín con el uso ritual. Algo constatado en las necrópolis de Cádiz y de Doña Blanca.

Además de objetos de vajilla, se localizaron algunas terracotas o figuritas de las denominadas en la bibliografía 'tanagrinas'. Se trata de un tipo muy extendido por la cuenca mediterránea, y que tendrá su perduración en los lararios romanos. Corzo cita especialmente los pebeteros en forma de cabeza de Démeter, añadiendo que se



trata bien de un culto introducido en Cartago tras el saqueo del templo de Démeter y Koré en Siracusa en el 396 a.C., o una fusión con la diosa Tanit. Nosotros en el Museo hemos constatado hasta cinco fragmentos.

Sin embargo, serán los metales los elementos más representativos. El hallazgo más conocido en las escasas publicaciones existentes es el de una figurita de bronce, atribuida a un artesano etrusco o suritalico del siglo V a.C. No se trata de una pieza suelta, sino del asidero de la tapa de una caja (Figura 2). La figura correspondía a un joven recostado y mano extendida en actitud oferente, calzado con una bota de punta levantada, y que en el hombro tenía un pivote donde encajaba brazalete.

Otros objetos de metal, de cronología algo posterior (ss. IV-III a. C.) son: el número de inventario 17236 encontramos el aplique basal redondeado de una caja o sítula de una garra en la base y remate con hoja centrada entre dos alas, en plata chapada en oro.

No se trata de grandes objetos. En las publicaciones, Corzo cita un delfín de alma de bronce bajo lámina de oro, y en bronce un aplique con forma de cabeza, la estatuilla de un cabrito, así como la foto de un amuleto fálico. Las fibulas numeradas por Corzo ascienden a 101, clasificadas como anulares hispánicas. En efecto, en la exposición del Museo así son la 51 y tres sin numerar, a las que añadimos la B-130, que es de codo.

En el Museo hemos visto la espatulita de bronce 17235; un adorno de cierre; series de 20 anillos planos en bronce -números 310 (sólo un caso, de 17 mm), 20 E.NC/1204, 1206, 1207/P2.N.C, 1208 P2 N.C, y sin numerar un fragmento de anillo de 13 mm-; y zarcillos en plata 17230, 1175/17227, 1109 y 1174/17232 (de sección triangular de 8 y 11 mm respectivamente), 17233 (de sección plana de 11 mm), el 17229 (enroscado sobre sí mismo) y el 17228 (de forma amorcillada y chapado en oro). La plata también se encuentra en forma de placas (números 17239/1260, 733, y otra sin numerar).

Ya de oro, los colgantes no numerados con forma lanceolada, un arete de sección cuadrangular, un aro enroscado sobre sí, y uno propio de la conocida orfebrería gaditana, con cabujón central para cornalina, granulado en el motivo roseta que presenta, anillos rizados, y sendas cadenas a cada lado (Figura 2).

La cornalina es una de las piedras preciosas más utilizadas (Figura 2). Con el número 1248 se registran hasta 20, de formas planas y cilíndricas. Sin numerar, expuestas en vitrina, observamos 15 con las anteriores formas además de redondeadas. También sin numerar una cuenta ovalada, de color rojo granate.

Con varios usos, siempre dentro del matiz dado por la propiedad personal, destacan las piezas de pasta vítrea. El color predominante en las cuentas es el azul, aunque puede aparecer el celeste, o alternarse con el blanco formando círculos concéntricos (caso número 1311, unas 16 cuentas de formas planas y circulares). Otros



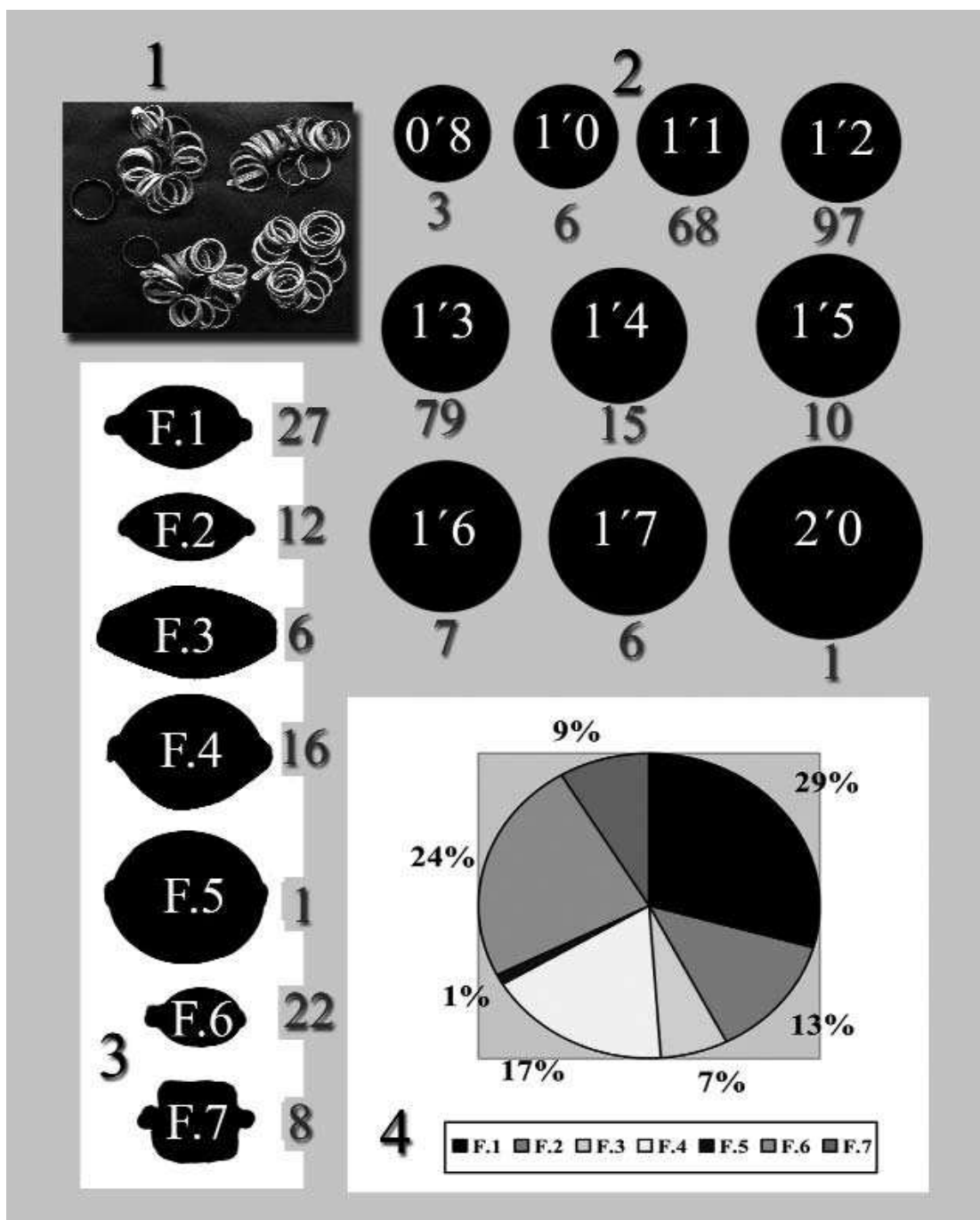


Figura 3. 1, se hallaron varias acumulaciones de aros. 2, representación de las circunferencias de los anillos, no está a escala, y número de ellos. 3, formas de los sellos y número de ellos. 4, diagrama de formas y porcentaje de los sellos.

colores pueden ser el amarillo-anaranjado (tres casos del 1311) y ocre (en una representación facial bifronte, sin numerar). Por las formas -unas 23 más-, las cuentas eran cilíndricas, circulares, bicónicas, planas, de bellota, y de ave. Con estas cuentas vítreas se citan, además, amuletos tipo Prah-Pateco (al menos dos), escarabeos (uno azul y otro amarillo-limón). Y hay una cuenta también en color negro con forma de ave que puede ser de cerámica.

López de la Orden cita hasta 10 escarabeos y entalles de piedra procedentes de este santuario (López de la Orden, 1990:20). E identifica ocho de ellos (citamos los

números de su catálogo): 1, pseudo egipcio en esteatita negra (1990: 97); 29, un falso escarabeo que modela una cabeza negroide (1990: 108-9); 30 y 31, colgantes con forma de cabeza femenina en pasta vítrea azul (1990: 109); 32, una planta de pie en esteatita gris (1990: 110); 136, sátiro en posición de baile tañendo una doble flauta o aulos, en jaspe rojo, que data –inexplicablemente para nosotros- en el siglo II d. C.; conjunto 206-59, respectivamente centauro corriendo y Atenea partenos con casco de tres penachos, en pasta vítrea blanca, también de una época romana no registrada en el santuario; y la 216, una decoración difusa probablemente de surcos, en ágata, del siglo II-I a. C.

En El Tesorillo se recogieron 13 anillos de plata, 5 lisos y 8 decorados; y 463 de bronce, 326 lisos y 137 decorados. Eso dice el escrito de Ramón Corzo. Nosotros hemos trabajado con 396 anillos, 274 lisos y 122 decorados, 3 de ellos de plata. Los lisos tienen secciones distintas, los hay de sección redonda, plana, triangular, y a veces están decorados. Estos últimos los decorados son los menos, siendo los de sección plana los más numerosos. El estado de conservación por lo general es bastante malo aunque hay casos de excepcional conservación (Figura 3).

Formalmente, hemos registrado en los anillos siete tipos de plazas, con las siguientes formas y cantidades: F1. 27, F2. 12, F3. 6, F4. 16, F5. 1, F6. 22, F7. 8. Las formas oscilan desde las que son casi redondas de mayor tamaño, a las ovaladas y cuadrada, clasificándose un total 102 anillos, que podemos ver en la Figura 3.

Del mismo modo, hemos realizado 293 medidas del diámetro, sin entrar en un análisis profundo, que requeriría de otros estudios, diremos que en general son anillos de pequeñas dimensiones, para dedos casi infantiles, encontrando la siguiente distribución en milímetros: de 8 mm. total 3, de 9 total 1, de 10 total 6, de 11 total 68, de 12 total 97, de 13 total 79, de 14 total 15, de 15 total 10, de 16 total 7, de 17 total 6, de 20 total 1 (Figura 3).

Como podemos observar en las medidas de las circunferencias de los anillos, los más numerosos pertenecen a las medidas más pequeñas, sobre todo a tres de ellas, las de 11, 12, y 13 milímetros, representan el 88% de todos los anillos, tamaños de poco mas de 1 centímetro, y algunos menos, tal cantidad de anillos con estas medidas, creemos que es un producto que se obtiene exclusivamente para las ofrendas, bien en talleres de las inmediaciones del templo, esto ya se ha dicho, y estamos de acuerdo, o bien son adquiridos en las poblaciones cercanas donde si habría talleres fabricándolos para estos actos religiosos.

Igualmente interesantes resultan los motivos representados en las plazas (Figuras 4 a 7):



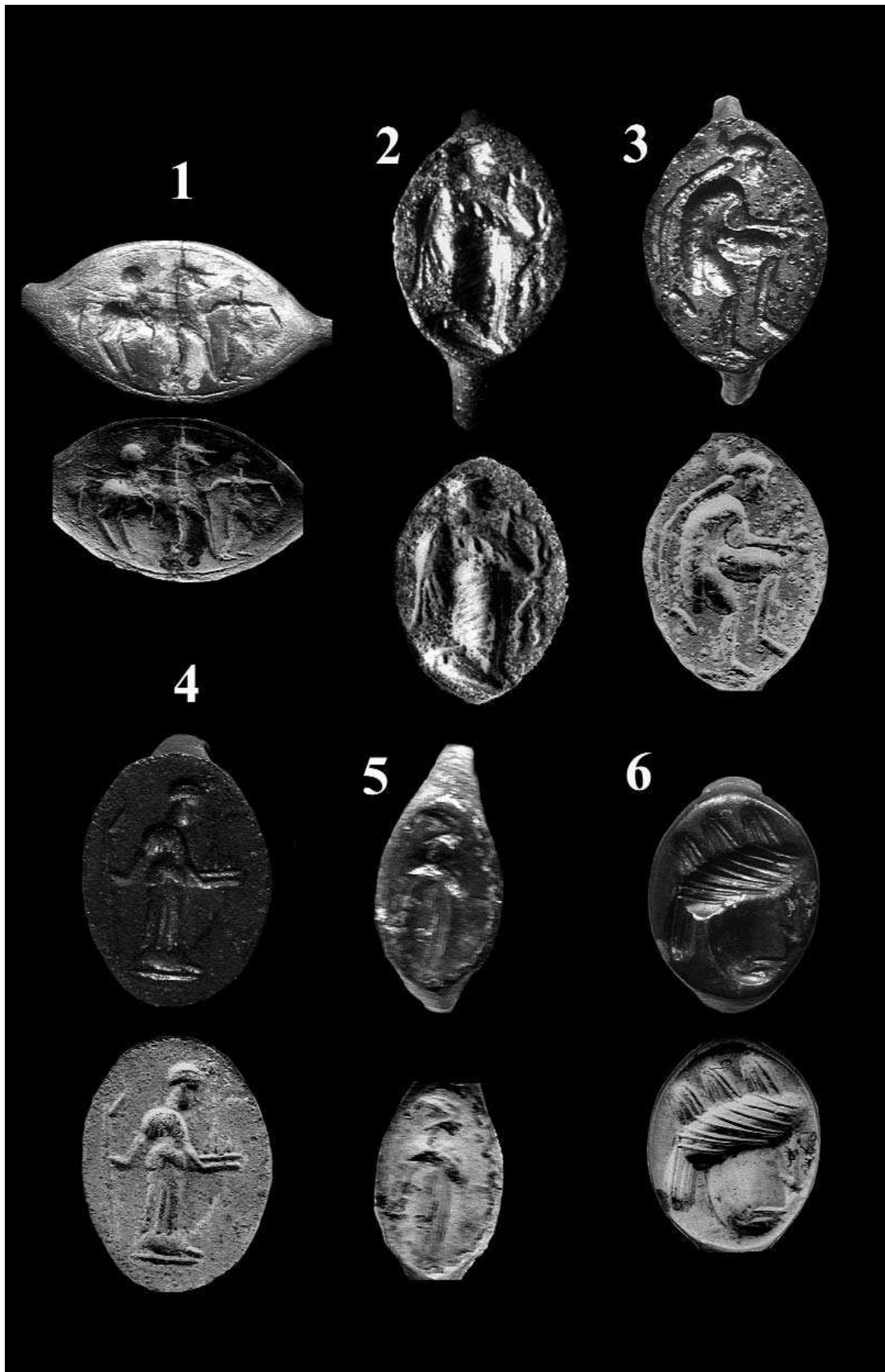


Figura 4. En todas las láminas los anillos llevan su impronta debajo. 1, persona llevando un caballo con jinete. 2, figura humana con rayos en una mano. 3, personaje corvado con la pierna izquierda levantada. 4, personaje con plato en una mano y bastón en otra. 5, personaje. 6, cabeza de persona con espléndido gorro o peinado.

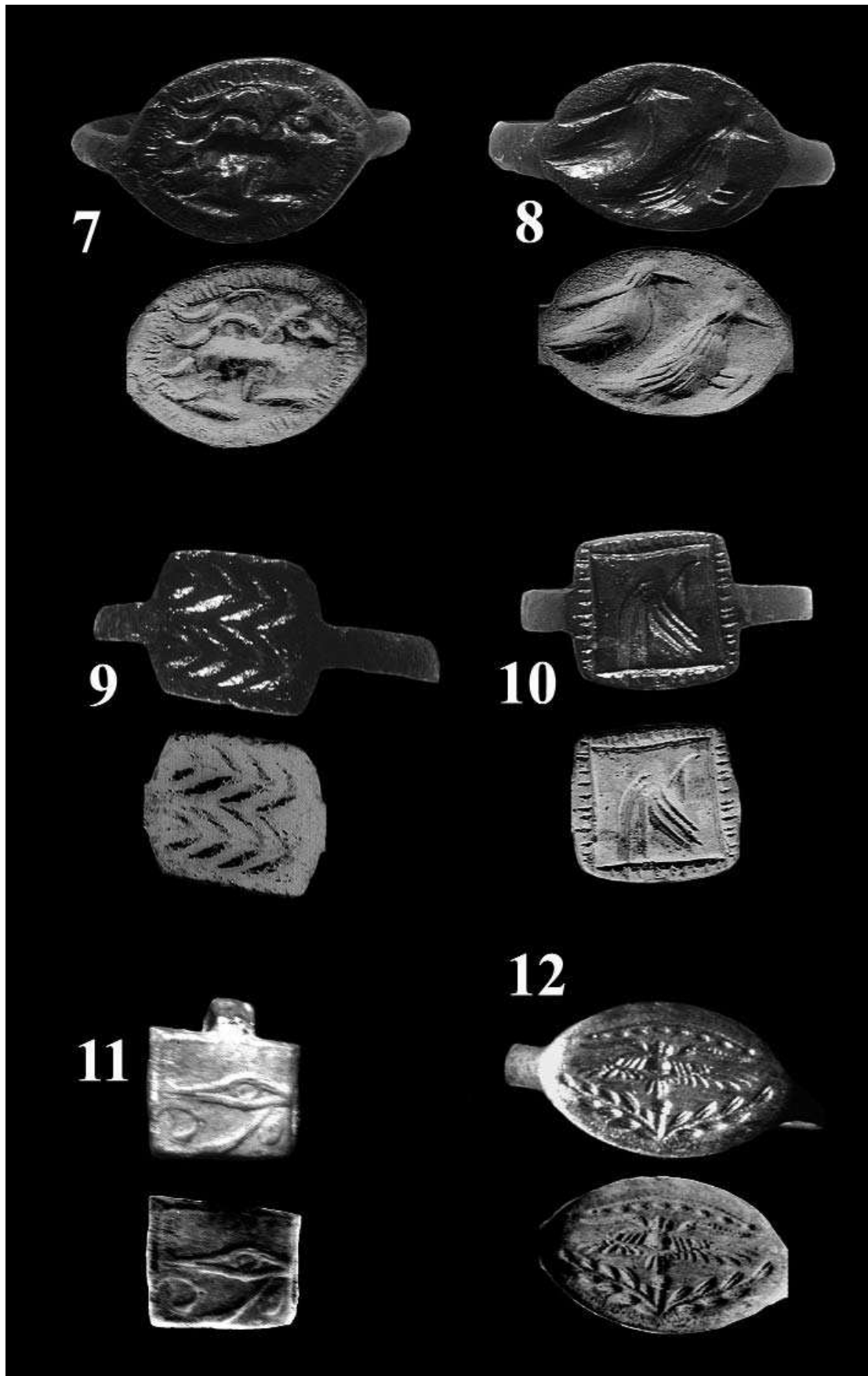


Figura 5. 7, animal, parece un conejo en posición de correr; esta representación animal es la más abundante en los sellos. 8, un par de aves. 9, representación de espigas. 10, ave. 11 y 12, de tipo egipcio.



Figura 6. 13, 14 y 15, animales mitológicos, los más representados son los que tienen cuerpo de león, alas y cabeza de ave. 16, Fauno tocando una flauta doble. 17, 18 y 19, algunas de las representaciones de fuentes. 20, columna con motivos florales o acuáticos.

- Entre las aves hemos identificado una unidad de ibis, cisne, grulla (citado por Corzo), flamenco, ánsar, y rapaz, dos cormoranes, gallináceas y pavos reales, finalmente 16 aves no determinadas (Figura 5).

- Pocos animales mitológicos, en total han sido las siguientes cantidades, siete grifos frente a otro no determinado -uno citado por Corzo, un ave mitológica, y uno con cuerpo de león, cabeza de ciervo y patas de cabra, que Corzo denomina Panisco (Figura 6).

- Animales terrestres como caballos (tres), un perro, doce conejos, dos escorpiones, una serpiente, una tortuga, y uno sin determinar; o del mar, como dos cetáceos, un cefalópodo, un pez sin determinar, una mojarra o sargo, un bogavante o langosta, o seis cangrejos. Corzo cita un delfín con un tridente (Figuras 4-5-7).

- Figuras humanas, para empezar la cabeza (citada por Corzo, que hemos documentado en cinco casos), Hércules con la clava (cuatro casos, este puede ser el citado por Corzo como 'Sacerdote con hisopo'), figura humana indiscriminada (3 casos), o tocando la flauta (otros 3 casos), aunque hay un caso de fauno tocando la flauta, figura humana en posición oferente y figura humana agachada en dos ocasiones. Con un solo caso identificado podemos concretar las siguientes figuras humanas: sedente, níké volando, sedente con lira, bailante, tirando de caballo con jinete, con pez y redes, con pierna izquierda apoyada en alto para atarse una greba, tocándose la planta del pie izquierdo, con plato en la mano y bastón, una con ave en la mano (Figura 4).

- Vegetales: un caso de tres espigas, otro de dos, uno de flores de tipo egipcio, una planta, y un posible florero (Figura 5).

- Hay otros tipos como: fuentes (4 casos), en dos casos con ave, muy posiblemente lo que Corzo denominó 'paloma bañándose en una fuente'; el Udjat (3 ejemplos), un caso de motivos lineales, y un barco, de modesta apariencia para Corzo (Figura 6).

Debemos destacar la considerable cantidad de otolitos recogidos en el yacimiento, hasta un total de 49, de distintos tamaños. Ya hemos expuesto en varios trabajos nuestra idea sobre la utilización de los otolitos de corvina como amuletos. Lo encontramos en fondos de cabañas del Bronce Final en Pocito Chico, así como en la ciudad fenicia de Doña Blanca, y en la ciudad de Huelva, en las factorías Púnico-Gaditanas de El Puerto de Santa María o en Castro Marim en Portugal. Se ha comprobado como se utilizaron también de forma muy personal, pues lo hemos hallado en los ajueres de enterramientos Fenicios y Tartesicos en las necrópolis de Doña Blanca, Túmulo 1, y de La Joya, tumba nº 5. Y nuevamente depositados como ofrendas personales en el santuario de Gorham's Cave (Gibraltar). Para finalizar, las 10 vértebras de pescado (sin numerar en el Museo) y los seis caracoles marinos posiblemente fracturados para engarzar.



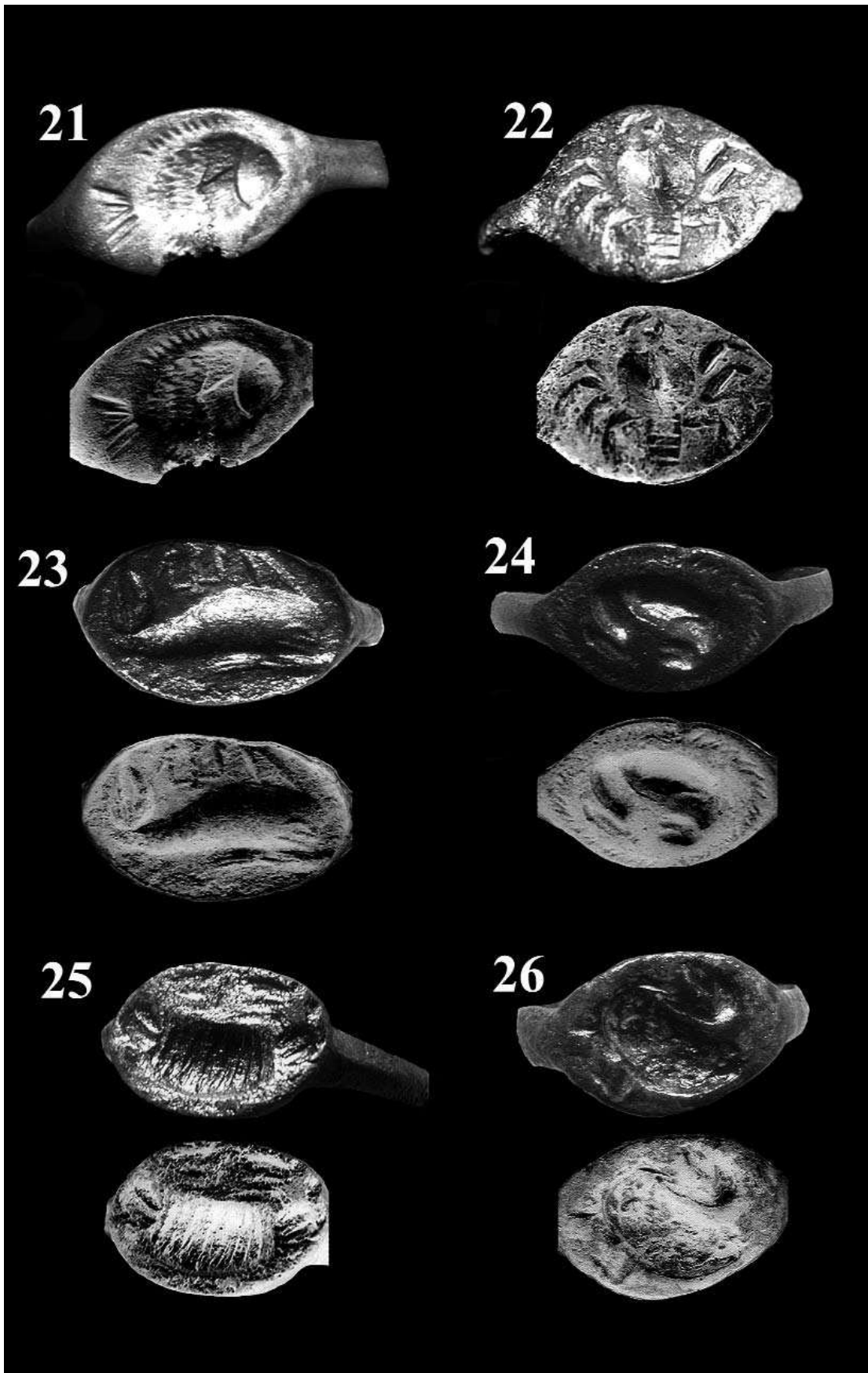


Figura 7. 21, mojarra o sargo. 22, bogavante o langosta. 23, cetáceo y tridente. 24, cangrejo. 25, centollo o cangrejo. 26, especie de pejesapo.

La cercanía de este santuario a las factorías Púnico-Gaditanas pesqueras portuenses relaciona, desde nuestro punto de vista, el santuario con esta industria. Hasta el momento sabemos que son coincidentes en el tiempo, recordemos aquí que estas factorías comienzan en el siglo VI a.C. y finalizan en el II a.C. Datos todos que apoyan la opinión de Corzo y Blanco del destino marineramente de este santuario.

DISCUSIÓN

Hasta el momento, quien ha publicado los datos y en asociación con el hace tiempo finado Antonio Blanco, han relacionado El Tesorillo con un santuario citado por Estrabón como Phosphoros, no olvidemos que en un momento sensiblemente posterior a su vida activa. Pues bien, esta denominación hace referencia al lucero del atardecer, al planeta Venus, la *Lucis Dubiae fanum* de los autores latinos. Esta luz crepuscular, de gran utilidad para los navegantes, se asocia con los hallazgos marinos hallados en el santuario.

Conociendo a los autores citados, esta divinidad se relacionó por lo antiguo con la Ishtar babilónica, así como con los símbolos oculados de tradición calcolítica, y por lo moderno con las placas batidas con parejas de ojos exvotos a Santa Lucía.

La interpretación de las estructuras murarias como propias de un 'tesoro' al modo griego fue audaz y acertada. No así el recurso a otros presuntos edificios en el 'témenos' sagrado.

Ambos autores consideraron óptimos para la diosa el collar y plausiblemente el manto (llegan a esta conclusión por la cantidad de fíbulas y cuentas de collar). Resulta muy interesante la propuesta que hacen sobre la consideración de los innumerables anillos –ya hemos hablado de su exiguo diámetro– como collares, pues se encontraron engarzados como cuentas a través de hilos de plata. Por esto no entendemos cómo dicen que son anillos signatarios (nosotros lo hicimos, pero no habíamos visto los anillos). Blanco y Corzo, en una nueva hipótesis, prefirieron el supuesto betilo (no así la figura extraviada que completaba el pie de terracota antes citado) para cubrirlo ritualmente con manto y collar. Por cierto, que si seguimos la idea de López de la Orden (1990: 110), no hace falta tal imagen, pues la simple planta del pie pudo ser objeto de adoración.

La tipología variada de las cuentas –cornalina, pasta vítrea, cerámica, vértebras de pescado y conchas perforadas– han sido interpretadas como evidencia de apertura social del culto (todos podrían depositar sus ofrendas), situación que también permite otras lecturas.

Para Corzo, la similitud formal entre fíbulas, anillos y collares indica que si no se fabricaron en el santuario, al menos fueron montadas allí. No hay nada que apoye esta aseveración.

Las estructuras denotan diferencias cronológicas, cuestión que el propio material mueble parece apoyar, pues los autores diferencian unas ofrendas más antiguas y valiosas. Pensamos que al tratarse de apliques y piezas de objetos mayores perfectamente pudieron coexistir con otros objetos más modernos. Es decir, no descartamos la existencia de reliquias.

Muy relevante es la notoriedad dada a una figura femenina que representa a una mujer erguida, de vestimenta talar y manto con la cabeza cubierta, que lleva en brazos a un niño desnudo. Se trata de casi la mitad de los fragmentos de terracota aparecidas en El Tesorillo. Como hemos dicho, se trata de una representación conocida en el Mediterráneo y que se relaciona con la fertilidad.

En este sentido, hemos de tener en cuenta la similitud ritual con el santuario de Ártemis en Braurón, como en su momento sugirió López de la Orden (1990:20).

El planteamiento de un saqueo del santuario nos parece un tanto rebuscado, pues es innegable la riqueza atesorada. La presunta desaparición, por ir a menos el culto, de objetos de porte, en todo caso mayores que los hallados, tampoco nos parece adecuada porque no explicaría el momento final y porqué a la vez que encontramos esta cantidad de objetos de valor no encontramos la figura objeto de culto.

Aunque queda mucho por hacer, nuestra propuesta pasa por relacionar el momento final de El Tesorillo con el de Ébora, yacimiento del mismo período muy próximo. Pues bien, la ocultación del tesoro se produjo en el momento de habitación final (luego se ocupó por los romanos). Dos ideas, la de Carriazo, quien vio la caída de una de las estructuras por causa de un terremoto. Y la de nosotros, que relacionamos esta circunstancia con la II Guerra Púnica y el traslado obligado de la población al SE peninsular (Ruiz, 1995:18).



BIBLIOGRAFÍA

- BARBADILLO, P. (1950): Alrededor de Tartessos. Los descubrimientos de La Algaida. Imprenta Santa Teresa. Sanlúcar de Barrameda.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y R. CORZO SÁNCHEZ (1982): "Monte Algaida. Un santuario púnico en la desembocadura del Guadalquivir"; *Historia* 16, VIII, nº 87: 123-8.
- CARRIAZO ARROQUIA, J. de M. (1970): "El Tesoro y las primeras excavaciones en Eborá (Sanlúcar de Barrameda)"; *Excavaciones Arqueológicas en España*, nº 69. Madrid.
- CORZO, RAMÓN (1984): El santuario de La Algaida; en *Cádiz y su provincia. Arte Antiguo*. Editorial Gener, Sevilla, pp. 137-171.
- ESTEVE GUERRERO, M. (1952): "Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Fábrica de salazón romana en La Algaida"; *Noticario Arqueológico Hispánico*, 1: 126-33.
- PALACIOS, J. (1981): "Aquí estaba Tartessos", *Gaceta Ilustrada* 5/4/1981 nº 1278.
- LÓPEZ AMADOR, J. J. (2003): "Un amuleto de posible origen protohistórico". *Revista de Historia del Puerto*, nº 31: 11-22.
- LÓPEZ DE LA ORDEN, M^a. D. (1990): *La Glíptica de la Antigüedad en Andalucía*. Cádiz.
- NIVEAU, A. M^a. (2001): "Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: evidencias de prácticas rituales funerarias"; *Rivista de Studi Fenici*, 29: 183-230.
- RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ AMADOR J. J. (2001): Formaciones sociales agropecuarias en la Bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo. El Puerto de Santa María; *Memoria Arqueológica de Pocito Chico I 1997-2001*. Arqueodesarrollo Gaditano S.L., Sanlúcar de Barrameda.
- RUIZ GIL, J. A. (1995): "La segunda Guerra Púnica en la Bahía de Cádiz. Precisiones desde el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)", *Revista de Historia de El Puerto*, 14: 11-21.

